

Sin embargo, estas mugeres raras [1] son mas para admiradas que para seguidas, y yo estoy muy lejoso de persuadir que se hagan las mugeres estudiantes. A la verdad, que no han nacido sino para ser esposas y madres de familia. En sabiendo cumplir con estas obligaciones, seguramente serán mugeres sábias en su clase, y utilísimas á la sociedad. ¿Pero acaso es muy poco lo que tienen que aprender las que desean desempeñar estos cargos perfectamente?... A este tiempo entró el rancharo Pascual, y su visita interrumpió el discurso del coronel, que continúa en el capítulo decimotercio.

CAPITULO XIII.

En el que se da razon del motivo de la visita de Pascual: el coronel finaliza su discurso, y se refieren otras cosas.

ENTRÓ Pascual, como se ha dicho, arrastrando las espuelas, y quitándose su disforme sombrero saludó á los señores en estos términos: Ave María, señores amos. ¿Cómo les va? ¿cómo les ido? ¿cómo está su prenda?—No hay novedad, Pascual, dijo el coronel: ¿qué ocurrencia te trae á la ciudad?

[1] *Raras en comparacion de todo el secso; pero muchas en lo particular, y bastantes á hacer regla para nuestro intento.*

—¿Qué he de traer, señor amo, sino un asunto de muy gravísima importancia? Y yo espero en que sus mercedes me sacarán del apuro, por vida de la niña Pudenciana. El cuento es que Culás, mi hijo el grande, ha dado en que se quiere poner en gracia de Dios, con Marantoña la hija de tío Benino, el marido que jué de la Carranza, aquella que tenia arrendado el molino prieto años pasados, cual molino vendió D. Celidoño á D. Andrés el cojo, por la malobra que le hizo á su hija Petrona del mayordomo Juan Blas, cuando hubo aquellas heridas por el amigo de....

Bueno está, Pascual, decia el coronel: sigue tu cuento, y déjate ahora de ensartar cosas que no vienen al caso. Estás diciendo que tu hijo se quiere casar con esa hija del tío Benigno: ya esto queda entendido. ¿Cuál es el empeño que traes?—El empeño es que yo, como quera que no soy muy ansina, sino que sé muy bien que tengo mi alma, y me he de morir como todos se mueren, y sé la doctrina de cuerito á cuerito, y sé que el catecismo dice: Darles estado no contrario á su voluntá, no me quero disponer al gusto del muchacho. Y ansina lo dejo que haga lo que quijiere; y una vez que se quiere casar, que se case muy denhora buena, yo no se lo impido, á bien que ya es grande; mi compadre el mestro escuelero, dice que no es tonto sino muy ladino y muy

destruido; porque á lo menos el diantre del muchacho sabe mas que no yo, porque sabe leer, y echa unos retos en las loas sin turbarse, porque es muy memorista, y lotro dia hizo un diablo en una pastorela, que la gente se quedó con la boca abierta; y yo tuve miedo que no le hicieran daño.....

—Como yo te lo voy teniendo á tí, pues segun lo impertinente y cansado que estás, creo que no acabas tu relacion en ocho dias.—Perdone su mercé, señor amo, que yo no estoy cansado. Quedara yo bien de cansarme de Tacubaya acá que no está mas que un paso. Pero el cuento es que Culás se quiere poner en gracia de Dios, y yo quero que su mercé y mi ama sean los padrinos, porque solo así será todo güeno.

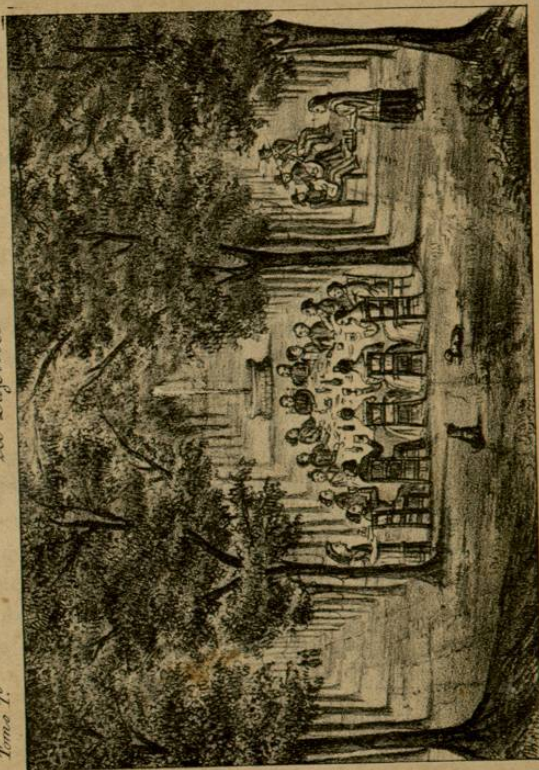
—Si así te hubieras explicado desde el principio, se habrian ahorrado tantos episodios importunos. Está muy bien, seremos sus padrinos con mucho gusto; pero dime, ¿cuáles son las circunstancias de la novia?—Ella no es fea, ni muy bonita, respondió Pascual, es pasaderita: tendrá diez y ocho años, y muy trabajadora, y es para cuanto su mercé la busque. Si es para la cocina, hace unas tortillas que parecen un papel de blancas y delgadas, y si sus mercedes comieran de sus manos unos chiles rellenos, un mole de guajolote, una chanfaina y otros guisados como estos, hasta se chuparan los dedos. Si es por lo que

hace á cuidar á un hombre, es un reguilete, porque sabe coser, lavar y tejer unos ataderos y ceñidores que es un primor. Y ¿qué le diré á su mercé de cuidar las cosas de la casa, y del campo y de los animales? ¡Oh! pareso es una lumbré el diantre de la muchacha, porque ella sabe donde dan quince y el sope y volverse con el medio: porque sabe cuando está culeca la gallina, cuándo se ha de echar, cuál es el cochino cebon, cuál el de media ceba, qué vaca está jorra y cual no, y hasta para sembrar conoce el tiempo; y si su mercé la viera coger la garrocha y la yunta y sacar veinte sulcos derechos, era mano de que la reventara. En fin, por lo que toca á trabajadora, es la muchacha de lo que hay poco, y yo le digo á Culás que no la topará mas mejor aunque la busque con un cirio pascual. A fé que no son ansina las señoritas de la suidá, que no saben hacer nada ni ayudar á sus maridos, sino que todo queren que se lo pongan en las manos; y gueno juera que se contentaran con no saber buscar la torta, lo mas pior es que saben tirar cuanto busca y alquiere el probe hombre. Por una parte, para todo han de menester mozas: para guisar una olla y un principio, queren cocinera: para remendar sus trapos, queren costurera: para lavar su ropa, queren lavandera: para hacer la cama y barrer la casa, queren recamarera: para hacer los mandados, mandadero, para dar el gasto,

ama de llaves: para cerrar la puerta de su casa, portero; y para cada cosa un criado, de manera que yo me espanto de ver cómo su mercé y mi ama Doña Matildita viven con una ó dos mozas cuando mas, y no luego esas señoras que yo no sé de qué les sirven á sus maridos, pues hasta para criar á sus hijos necesitan arquilar chichis, como si ellas no tuvieran las suyas. Ya se acuerda su mercé del cuento de los perritos. ¡Ya se vé que si no saben hacer nada, saben deshacer los caudales con esos puntos, telarañas, modas, coliseos, tertulias, toros, bailes, paseos y todas esas cosas en que gastan el dinero de sus maridos y el ageno! ¡Ah! fucha en semejantes mugeres. ¡Qué gusto que mi hijo Culás se va á casar con una probe ranchera, y no con una señorita de suidá. ¡Ya se vé que cuándo lo hubiera yo consentido, aunque me hubieran pesado á puro oro al muchacho y me lo hubieran ido á pedir padres descalzos! ¡Gracias á Dios que mi Culás no fué de la suidá!

Y gracias mil á la eterna Magestad, dijo el coronel, porque has acabado tu narracion imprudente aunque sencilla. Para alabar las virtudes de tu nuera, no es preciso murmurar las costumbres de las ciudadanas. Es cierto que hay algunas de estas lo mismo que las has pintado; pero no lo son cuantas te parecen. En todo cabe la reflexion juiciosa, y no debemos aventurarnos á confundir los culpados con los

Ilustr. 10



S. x. 243044x

Tomoe 1º

que tienen solo las apariencias, lo que sucede á cuantos como tú no saben hacer las justas distinciones.

Es una verdad incontestable que hay algunas mugeres de mediana, y aun de escasa fortuna, que olvidándose de su condicion, aspiran á competir en lujo con las señoras de la mas elevada gerarquía, y para realizar sus desordenados deseos, no escusan á sus pobres maridos mil disgustos y continnos empeños, con los que arruinan sus casas, pierden el crédito, se hacen el objeto de la murmuracion de los conocidos, y dejan por último á sus infelices hijos por patrimonio, la holgazanería y la miseria. Este es el fruto ordinario de la inmoderacion y desperdicio.

Pero cuando confesamos que estas mugeres obran con desarreglo y sin cordura, no hemos de asegurar lo mismo de aquellas señoras que por razon de su estado sostienen una decencia sobresaliente al comun de las demas, y mucho menos si tienen suficientes proporciones para sostenerla. Cada individuo de la sociedad debe portarse como los demas de su clase, cuando puede hacerlo buenamente. Este es el órden, el que se invierte ó por un esceso de disipacion, ó por un abandono ó mezquindad miserable.

Un mismo mueble puede ser necesario, indiferente y gravoso, segun fuere la persona que lo tenga.

El coche, por ejemplo, será necesario á una señora de título, muger de un togado, etc., será indiferente para una señora particular, y será gravoso para una que no tenga lo preciso para mantenerlo. Si todos nos contuviéramos en nuestra esfera, tendríamos menos necesidades y aflicciones.

¡Ya se vé! que no porque digo que las señoras principales hacen bien en manejarse segun su clase se ha de entender que harán mal cuando por modestia ú otro motivo de virtud cercenen algo de su lujo correspondiente. Algunas ha habido en esta fatal época que con la mayor prudencia han sabido disminuir el gasto de sus casas, y despedir cuantos criados han considerado superfluos, sustituyendo ellas y sus hijas sus lugares.

Otras hay que manifiestan en cuanto pueden la indiferencia con que ven el relumbrón del mundo, y se manejan con una sencillez admirable.

¿Pero qué diremos de aquellas señoras ricas que han tenido el heroísmo necesario para cercenar el lujo en obsequio de los pobres? Raras han sido estas á la verdad, pero no falta una que otra en nuestro siglo corrompido. Ninguna alabanza es igual á su mérito en mi concepto; pero viven seguras de que su caridad queda bien escrita en el libro de las eternas recompensas.

Como Pascual se quedaba en ayunas de las tres partes de lo que el coronel nos decia, no pudo sufrir mas; y así á este tiempo, que le pareció oportuno, le dijo: Pos señor amo; ya me voy: á bien que ya voy contando con el favor de sus mercedes para el apadrinamiento de Culás; y agora solo quero que su mercé me preste veinticinco pesos que me pueden faltar para el completo de los derechos del señor cura, y otras cosas.

El coronel le dió el dinero, y le previno que volviese á avisar la vispera de la boda. Con esto se fué Pascual muy contento, dejándonos harto que reir con sus simplezas.

Apenas habia salido el ranchero, cuando entraron las niñas Pomposita y Pudenciana, y se sentaron con nosotros.

A mí no se me ha olvidado que el coronel cortó el discurso á la entrada de Pascual, y como deseaba oírlo hablar, le supliqué acabase de decir qué cosas debian saber las niñas que se criaban para ser algun dia madres de familia.

D. Rodrigo condescendió con mi gusto, y nos dijo: No es poco lo que tiene que aprender una niña que probablemente se haya de sujetar al matrimonio, porque tiene que instruirse en muchas cosas que deberá despues enseñar.

“Es indispensable, dice un autor respetable (1), que una niña de estas aprenda á leer y escribir correctamente. Es una vergüenza, pero cosa muy común, el ver que mugeres dotadas de entendimiento y de civilidad, no saben pronunciar lo que leen ellas ó se paran donde no deben, ó leen cantando, cuando debieran pronunciar simple y naturalmente, con firmeza y arreglo á la puntuacion. En órden á escribir cometen frecuentemente muchos errores notables, ó en el modo de formar los caracteres, ó en el modo de juntarlos. Enséñeseles, pues, á las niñas, cuando menos, á hacer las líneas derechas, y á formar los caracteres limpios y legibles.”

“Tambien es necesario que las niñas sepan la gramática de su lengua. No es esto decir que la aprendan por reglas, como los gramáticos aprenden la lengua latina, sino que se les acostumbre sin aire de leccion, á no tomar un tiempo por otro, á servirse de términos propios y puros, y á esplicar sus pensamientos con órden, con limpieza y de un modo correcto y preciso. Por este medio se les pondrá en estado de que puedan enseñar algun día á sus hijas á hablar bien sin ningun estudio. Se sabe que en la antigua Roma, la madre de los Graccos contribu-

(1) *El Ilmo. Sr. D. Francisco de Salignac de la Mote Fenelon, arzobispo de Cambray, en su librito titulado: Educacion de las hijas.*

yó mucho con su educacion á formar la grande elocuencia de sus hijos.”

“La ciencia de la aritmética y su uso es indispensable á las niñas. No ignoro que esta ciencia es espinosa para muchas gentes; pero el hábito tomado desde la infancia de hacer varias especies de cuentas con el socorro de las reglas, facilitará la esactitud y dulcificará la amargura. Todos saben que el buen uso de esta ciencia es tan necesaria para el gobierno de las casas, que apenas se hallará familia de algunos intereses que esté bien gobernada sin ella.”

“No será fuera de propósito que tengan aquellas noticias de la jurisprudencia que pueden necesitar en el discurso de su vida. Por ejemplo, que sepan la diferencia que hay entre un testamento y una donacion: qué cosa sea contrato, substitution, division de herencia, las principales reglas del derecho y costumbres de su país que son necesarias para hacer dichos actos válidos. Deberian asimismo saber qué cosa sea propio, comunidad, bienes muebles é inmuebles: y en fin, algunas otras cosas que se juzguen necesarias para el buen gobierno de una madre de familia. No solo cuando lleguen á casarse, sino cuando en un convento se vean encargadas del gobierno económico, esperimantarán la necesidad de estos conocimientos para manejarse y para no ser engañadas.”

“Si ha de ser casada, dénsese reglas para la economía doméstica, para criar bien los hijos, para conducirse con la familia; y finalmente, enséñesele el modo de gobernar bien todas aquellas cosas que segun las apariencias ha de manejar.”

Todo esto y mas, quiere el señor Fenelon que sepan las hijas que han de ser madres; y aunque todo es útil y necesario, ya nos contentariamos con menos. Mucho sabrá en nuestros tiempos una señora que sepa ser muger, cuidar lo que el marido adquiere, asistir su casa, y no desentenderse de la educacion de sus hijos, sin prescindir de estas forzosas tareas, fiada tal vez en que tiene dinero, pues este suele faltar, y entonces los hombres echan de ver al instante todos los defectos de las mugeres.

Las riquezas mientras duran, suplen la inhabilidad de las mugeres; pero luego que faltan se hace mas intolerable su ignorancia. Por esta razon se puede decir que en cierto modo el dinero es perjudicial á aquellas personas que naciendo con él, no tuvieron la fortuna de lograr unos padres activos y prudentes que dirigieran bien su educacion. Esto es comun en hombres y mugeres. El pobre instruido y laborioso padece sus cuitas, pero jamas pisa los humbrales de la miseria; antes mil veces se labra su fortuna con su industria; pero el rico inútil, vano y pere-

zoso, luego que lo desamparan los doblones, cae de plomo en la mendicidad mas vergonzosa.

No es esta plaga poco comun. ¡Cuántos ricos hay que no saben, no digo adquirir un peso, pero ni conservar los que heredaron, y que si los gobiernos no los pusieran en clase de pupilos bajo la tutela de las leyes, disiparian en dos dias los mas pingdes capitales! Ricos he conocido que no saben leer una carta, y cuyas firmas apenas las conocerá el boticario mas hábil, y ricas que no saben echar un punto en una media, ni un dobladillo en un pañuelo. ¿Pero qué se puede esperar de unas personas criadas entre la adulacion, la holgazanería y la ignorancia? ¡Felices son sin duda aquellos niños, cuyos buenos padres aprovechan su dinero gastándolo en hacerlos útiles á sí y á sus semejantes! Estos hijos no sentirán el peso de la miseria en el mas ingrato revés de la fortuna.

Cuando decia esto el coronel, paró un coche á la puerta de la casa, se asomó Pomposita al balcon, y entró luego luego diciendo: Mi mamá, mi mamá, y viene con la señora Jacobita y con Labin. ¿Qué Labin es ese? preguntó el coronel. Y la niña respondió: D. Enrique Labin, tio, el mayor de Ungría.

—¡Oh! bien: yo pensé que era algun criado de tu casa. El caballero Labin es un hombre muy circunspecto, y por su edad podia ser tu padre.

En esto entraron las visitas, y pasados los primeros cumplimientos, dijo Eufrosina: Hermano, no perdamos tiempo: Jacobita tiene un baile esta noche con motivo del casamiento de su hermana Teodora. Le he merecido que ella misma haya ido en persona á convidarnos; pero quiere que usted le haga la gracia de asistir á su diversion con Matildita y Pudenciana. Yo le he dado mi palabra de que usted no la desairará: conque así vístete, hermana, y que se vista mi sobrina.

El coronel accedió, dando gracias á su cuñada y á la señorita Jacobita por su espresion, y entrándose las señoras á la recamara á vestirse de gala, nos quedamos los hombres en conversacion.

El señor Labin era antiguo amigo del coronel, y tenia buen talento, bastante madurez y mucha gracia: con esto fácil es inferir que confrontaba con D. Rodrigo, y que se trataban con una amistosa familiaridad.

El primero que habló fué el señor Labin, quien dijo al coronel: ¿Qué le parece á usted, compañero? ¿No se admira de verme de cortejante de una moza tan gallarda como su cuñada? ¡Vaya, que usted no me juzgaba tan adelantado! En verdad que no, respondió el coronel, cada día hay nuevas cosas que observar; pero ¡ya se vé que todos los maridos quisieran que los que cortejan á sus mugeres fueran tan

honrados como el señor Labin, con quien mi cuñada está demasiado segura de toda seduccion! Yo apostaré á que estaba usted de visita en su casa cuando fué la señora Jacobita á convidarla para el baile, y ella le suplicó á usted que la acompañara á casa. Así fué, dijo el oficial: las dos me instaron á que viniera, y me han comprometido á asistir á las bodas, de las que juzgo serán tan tristes sus fines, como son alegres sus principios.—¿Y por qué?—Porque la novia tendrá diez y siete años, y el novio no pasa de diez y ocho. Ya usted verá, compañero, qué resultados podrá esperar una muchacha que se casa con un muchacho. En esta edad agita la sangre en los dos todo el fomes de la lascivia, se entregan á sus placeres á rienda suelta; debilitan su salud y se anticipan la vejez. La muger, ó por su constitucion mas débil ó por los efectos de la concepcion, parto y lactancia, lleva siempre la peor parte: se enferma mas, se avejenta mas pronto, y cuando el marido tiene treinta años, se halla con que tiene por muger una vieja achacosa. Entonces abre los ojos, y se arrepiente de verse atado á una estantigua, que tal le parece su muger. A este arrepentimiento se sigue la aversion del objeto que la causa, y á este un odio que suele durar hasta la muerte. Tales son los efectos de los casamientos muy tempranos, especialmente por parte de los hombres. Yo, la verdad,

siempre los reprobare. Y con razon, dijo el coronel: porque los efectos que usted ha dicho son consiguientes á las causas. Los antiguos debieron de observar los mismos funestos resultados que se notan en el dia en semejantes matrimonios. Aristóteles es de sentir que el hombre debe tener doble edad que la muger con quien se case: de modo que el hombre de treinta años y la muger de quince, harán un enlace proporcionado en razon de la edad, pues cuando él sea de cincuenta, ella será de treinta y cinco, y todavía no le parecerá vieja. Bien que aquellos que no son llamados para el celibato, y cuya contigencia corra peligro en tal estado, deben casarse muy jóvenes, conforme al consejo del Apóstol.

A este tiempo salieron las señoras y las niñas muy compuestas, y habiendo dejado Doña Matilde prevenido todo lo necesario, y encargada su casa al cuidado de una señora vieja que la acompañaba, se fueron para la de Doña Jacobita, donde los esperaban los novios con una porcion de convidados.

Era muy cerca de anochecer cuando llegaron ó llegamos, que yo tambien gocé de esa funcion. La sala estaba completamente iluminada y surtida de señores y señoritas jóvenes, sin faltar algunos viejos y viejas, de aquellos que no se cansan de divertirse en toda la vida, ó que van á estas frascas solo por comer de balde. Los ojos se les iban hácia las mesas

del refresco que se dejaban ver en uno de los cuartos inmediatos; pero aun no era llegada la hora del combate, y así se contentaban los mas golosos con lamerse los bigotes, como el gato cuando ve el jamon que no puede atrapar entre sus uñas.

Mas dejando á un lado á estos hambrientos, se hace preciso decir como todos los de la casa de Doña Jacobita y los deudos del novio cumplimentaron á porfia á las señoras Doña Matilde, Doña Eufrosina y sus niñas. Estas en la edad de trece años tenían unos cuerpos muy gallardos, y á mas de esto estaban bien adornadas, con lo que se llevaron luego luego las atenciones de todos los petimetres de la sala, quienes se apresuraban á obsequiarlas, especialmente á Pomposita; ya porque sus padres no se espantaban de sus obsequios, ya porque ella era mas bonita y mas familiar que Pudenciana.

A pocos minutos entró el ministro de la religion, y como si aquel acto fuera un mal paso, trataron los padrinos de darle prisa. Efectivamente, se procedió á las solemnes ceremonias, y se enlazó ante Dios y los hombres aquel nudo que hace las delicias de la vida cuando lo aprietan las voluntades de los contrayentes.

Concluido lo principal de la funcion, y pasados los abrazos y parabienes que en tales ocasiones se pro

digan, entramos con los novios, padrinos, convidados y entremetidos, á la sala del refresco.

Allí competía la profusión con la curiosidad. Había dos mesas: una surtida de todo género de dulces y helados, y otra de masas de bizcocho, buen queso, jamones en vino, aceitunas, y cuanto podía provocar el apetito de los esquisitos licores que abundaban. Mil arcos de flores y ramos de carturina hacían la mas agradable perspectiva.

Colocados los circunstantes en forma de batalla, se dió por los padres y padrinos de los desposados la señal de ataque, y al instante acometieron á los dulces y demas golosinas con la mayor intrepidez, de modo que en pocos minutos fueron todas derrotadas y desaparecidas por la glotonería mas decidida.

Yo me divertí aquel rato, observando los genios y educaciones de todos, y decia para mi sayo: No hay duda sino que en una concurrencia de estas, cada uno manifiesta sin querer sus principios; porque vi que los hombres que los habían tenido finos, solo se ocupaban en servir á las señoras con el mayor comedimiento, cuando á otros todo se les iba en aprovecharse de lo mejor, despedazar sin orden, y embaular desafortadamente. Muchos haciéndose corrientes, no solo comían ó devoraban cuanto podían, sino que llenaban las bolsas y pañuelos de lo mas esquisito, sin perdonar las botellitas de licor. Yo creí

que alguno se habria guardado una fuente de plata, si se la hubiera podido acomodar en el bolsón de la levita. En fin, el refresco se concluyó sin quedar ni migajas para los sirvientes.

Ya con los estómagos habilitados, pasaron á la sala, y se comenzó el baile que acompañaba una completa orquesta. A los principios se bailaron unas boleras y algunos minués; pero los mocitos, cansados de bailar estas piezas, comenzaron á bailar walse y contradanza. Entonces todo se volvió bulla y alegría en los dos secos.

En breve pasaron revista y manoseo con todas las jóvenes de la sala. Pomposita se llevó las atenciones y los primeros aplausos, no sé si por su cara, por su habilidad ó por su desenfado en el bailar, aunque sería por todo seguramente. Tuvo la gloria de cantar en el wals á cuatro señoritos y á los músicos, que ya daban al diablo la perseverancia de la infatigable bailadora.

Pudenciana no dejó de hacer su deber ni ocupó el asiento en balde, porque con permiso de sus padres bailó dos versos de boleras diestramente. Querían los curiosos probarla en el wals; pero ella bien enseñada por su padre, se escuchó con que no sabia, y todos se quedaron deseando verla bailar este son favorito del dia, sin embargo del esfuerzo que hacía por su parte su tia Doña Eufrosina y el cándido de

D. Dionisio, quienes no dejaron de incomodarse con su tenaz resistencia.

Se continuó bailando, y como á las once de la noche, fatigados de walsar y contradanzar, comenzaron á bailar sonecitos del país; pero luego que bailaron uno que llamaban el dormido, se levantó el coronel y se despidió con su familia, prestando enfermedad y muchas ocupaciones al dia siguiente.

Bastante hicieron por detenerlo; mas todo fué en vano, él se retiró; y á otro dia fué Eufrosina y su marido á verlo con achaque de saber si habian tenido novedad; pero la verdadera causa que los llevó, fué la que se dirá en el capitulo catorce.

CAPITULO XIV.

En el que se descubre la causa de la visita de Eufrosina, que fué un sentimiento que tenia de su cuñado, y la satisfaccion que este le dió.

ALMORZANDO estábamos, cuando Doña Eufrosina entró con su marido, muy cuidadosa, al parecer, por la salud del coronel; pero á poco rato no pudo disimular el motivo verdadero de su visita; y así le dijo: Muy bien conocí, hermano, que usted anoche no tenia otra enfermedad que su maldito genio hipocondriaco y escrupuloso. ¡Caramba, que es usted fatal! me hizo usted desesperar, y me desairó como acos

tumbra, no consintiendo que bailara Pudenciana un walsesito, y esto, solo porque era empeño mio y se habian interesado al efecto aquellos caballeros. Sí, por eso fué, por eso: porque decir que no sabe bailar walse Pudenciana, es negar la luz del dia; y á mas de que semejante muela se les podia encajar á los demas; pero no á mí que estoy cansada de verla bailar con Pomposita. Pero ¡ya se vé! que usted lo hará porque se crie su hija recatada; aunque en esto de buena crianza nada le va á deber á la mia, porque yo y su padre tambien sabemos lo que se hace, y al fin es una grosería que una muger no sepa bailar cuanto se usa, ni que por ser zonza desaire á los que en una concurrencia la conviden. Yo por mí, hermano, ya me guardaré de suplicarle á usted nada en una publicidad, pues tengo mucha experiencia de que siempre se empeña en que quede mal.

No es para tanto, hermana, dijo el coronel; usted no debe sentirse porque no bailara wals Pudenciana. En verdad que se lo tengo prohibido, y me parece que con razon. Soy su padre, y tengo cuanta autoridad necesito para impedirle todo aquello que me parezca mal.

No por eso pretendo que la educacion que yo le doy á mi hija sea norma por la que se sigan las demas. Cada uno es dueño de su casa y padre de sus